

SERIE
MINDF*CK
LIBROS

ROJO SANGRE

S.T. ABBY

Traducido del inglés por Gema Pereira Silvestre

CONTRALUZ

Esto es para las que han perdido la voz.
Esto es para las que desearían ser Lana Myers.
Esto es para aquellas de las que la gente
todavía habla entre susurros.
Esto es para las que luchan cada día por olvidar.
No estáis solas.

Que te den por culo a la lista.
Es hora del golpe final.

«El amor no tiene por qué ser bonito.
Es más bien una lucha cruda y descarnada
que te obliga a enfrentarte a tu lado más
vulnerable para que cuando lleguen los
momentos buenos los puedas saborear
y disfrutar, sabiendo apreciar al máximo
su valor. De lo contrario, acabas dándolo
todo por sentado».

—LANA MYERS

CAPÍTULO 1

LOGAN

Rara vez nos sentimos orgullosos
cuando estamos solos.

—VOLTAIRE

Hadley da un respingo cuando abro de golpe la puerta de su habitación. Se quita los auriculares de un tirón y se agarra el pecho con la mano que le queda libre.

—¡La madre que te parió, pedazo de chala-do! No vayas por ahí pegando sustos cuando tenemos a un asesino en serie literalmente a la vuelta de la esquina.

—Más bien viviendo un par de cabañas más abajo, ¿no? —pregunto sin rodeos, aunque hay cierta aspereza en mi tono que hace que toda ella se tense.

No hace falta ni que lo confirme, pero quiero que me lo diga.

—¿Lo sabías? —le pregunto en voz baja, con un tono cargado de incredulidad y el corazón roto.

Ahora mismo me duele todo, aunque lucho por contener el torrente de emociones. En esta unidad, te entrenan para controlarlas a toda costa. Jamás me había resultado tan difícil como hoy.

Mueve los labios durante varios segundos antes de que las palabras empiecen a brotar.

—Lo siento, Logan, pero...

—¡Lo sabías! —la acuso a gritos mientras le doy un puñetazo a la pared y todo mi cuerpo se agita en busca de un poco de aire que no parezca estar cargado de plomo.

—¡Logan! —grita, y yo me doy la vuelta para mirarla a la cara, recuperando lentamente la calma—. Escucha. Era complicado, y ella...

—Se acabó, Hadley. Nuestra amistad. Paso de tu puta cara —digo, rompiendo una promesa.

Inmediatamente se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿En serio? —Tiene el morro de preguntarlo con tono incrédulo.

—Sí. No puedo ser amigo de alguien capaz de ver cómo me enamoro de una persona así y *no* decirme la verdad.

Entrecierra los ojos y le tiembla el labio.

—¿Una persona *así*? ¿Alguien dispuesta a morir y matar por mantenerte a salvo? ¿Alguien que te quiere tantísimo como para replantearse su plan de venganza?

—¿Su plan de venganza? —pregunto con amargura, sacudiendo la cabeza mientras me doy la vuelta y me alejo a paso firme—. ¡Esto no es su puto plan de venganza!

Cierro de un portazo y me dirijo a la habitación de al lado, donde Leonard casi se cae de la silla cuando irrumpo en ella.

—¡Joder! Tranqui, tío. Estoy buscando más información sobre Ken...

Deja de hablar en cuanto me ve la cara.

—Ay, mierda —dice soltando el aire.

—Sí —digo, dejándome caer sobre una silla y cogiendo la botella de whisky que asoma de su bolsa de viaje—. Lo ha reconocido.

—¿Que ha hecho qué? —dice, estupefacto.

—Básicamente lo ha admitido. No fui capaz de quedarme para escuchar la confesión completa.

—¿Dónde coño está ahora?

Me paso la manga por los ojos y luego levanto la botella.

—Esposada a mi cama —digo después de beber un sorbo.

Él abre mucho los ojos.

—No tengo ni idea de qué hacer ahora. La tengo tan metida en la puta cabeza que no me atrevo a delatarla ante nadie de este pueblo ni al FBI. Pero sé que tengo que hacer algo. Y, como no sé qué, la he dejado esposada.

Es una forma terrible de ganar tiempo, pero es la única que se me ocurre.

Se frota la cara antes de pasarme un expediente.

—Aparte del consumo de drogas, no encuentro nada en su historial que la indujera a hacer algo así. Lleva años limpia y no le he visto marcas de pinchazos. Tampoco sufre delirios ni psicosis...

—De ahí que no tenga ni puta idea de qué hacer —gruño—. Está lúcida, muy consciente de su entorno, no tiene ni un pelo de tonta y, desde luego, no es de las que se dejan manipular fácilmente por nadie, ni siquiera por Jacob Denver.

Me río sin ganas cuando me viene un recuerdo a la mente. Ella lo llamaba Jake, y hasta me dijo que era su «socio» bisexual. Nunca llegué a atar cabos. Estaba demasiado cegado por lo que sentía por ella como para contemplar siquiera semejante posibilidad.

—Ahí tienes el expediente —dice en voz baja—. Échale un vistazo. Tal vez te ayude a tomar una decisión.

Cojo el expediente de la mesa y lo abro. Al ver el contenido de la carpeta, no puedo evitar hacer una mueca de asco por las imágenes espeluznantes que contiene. Pero hay algo que no tiene sentido.

—¿Qué cojones? —pregunto en un susurro.

Ojos azules. En la foto que tienen archivada desde *antes* del accidente, Kennedy Carlyle no se parece en nada a Lana Myers. Y tenía los ojos azules, sin lentillas.

Hojeo las fotos y encuentro las que hicieron de las lesiones de Kennedy para el informe policial. Conozco demasiado bien el cuerpo de Lana, y las marcas de la foto, aunque algo similares, no son exactamente iguales.

Un escalofrío me recorre la espalda a medida que me asaltan posibilidades repugnantes.

—¿Por casualidad no tendrás el expediente de Victoria Evans? —pregunto con calma, manteniendo la voz firme.

Él me lo pasa de inmediato.

—¿Por qué?

Respiro hondo antes de abrir el archivo, y un par de inquietantes ojos verdes me miran

fijamente con un rostro que no encaja en el de Lana, pero que aun así guarda cierto parecido.

Se me encoge el corazón cuando abro el archivo con las fotos y encuentro las que también enviaron a la policía. Siento náuseas al ver que las marcas coinciden a la perfección con las cicatrices que conozco de memoria.

—Me cago en la puta —digo entre dientes.

—¿Qué pasa? —exige saber Leonard.

Abro los ojos de par en par mientras el remordimiento brota y estalla dentro de mí, sacudiéndome hasta lo más profundo.

—Lana Myers no es Kennedy Carlyle.

Él me mira sin entender nada y yo le devuelvo la carpeta.

—Lana Myers es Victoria Evans.

Deja caer el expediente como si le quemara en las manos y levanta la vista rápidamente para mirarme a los ojos, muy sorprendido.

De alguna manera, probablemente con la ayuda de Jake, ingresó como Victoria Evans y salió como Kennedy Carlyle. Teniendo en cuenta que apenas me atrevo a mirar a ninguna de las dos en esas fotos, con los rostros tan destrozados, no me sorprende que le costara tan poco hacerlo.

—Esto lo cambia todo —dice con voz apagada.

Saca el portátil y yo me recuesto; mi enfado se va disipando poco a poco a medida que empiezo a pensar. Paré en esa cafetería por casualidad, ya que nuestro sitio habitual estaba cerrado. La perseguí: quería ganarme su confianza, e incluso vi en ella algo que yo necesitaba.

Antes de conocerme, probablemente sonreía poco. Conmigo, cada sonrisa era sincera y espontánea. Cada caricia estaba cargada de deseo y de esas emociones que tanto le cuesta mostrar.

Ella confiaba en mí.

—Es muy probable que no haya sufrido un brote precisamente gracias a ti —sisea Leonard sin dejar de teclear en el portátil.

Doy otro sorbo a la botella y me pongo de pie, pero Leonard me agarra de la muñeca.

—Las imágenes del programa no coinciden.

—¿Cómo?

Señala los expedientes.

—Tengo copias de sus archivos en papel, ya sabes que soy de la vieja escuela, pero en el ordenador las imágenes están intercambiadas.

Miro la pantalla y, efectivamente, Victoria Evans presenta las heridas de Kennedy Carlyle y viceversa. Los ojos verdes del expediente de Kennedy se encuentran con los míos.

—Jake pudo cambiar lo que hubiera en los ordenadores, pero no antes de que crearan un expediente físico —susurro para mis adentros.

Nunca lo habría sabido.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Leonard.

—Dile a Hadley que no cuente nada. Ahora mismo no puedo hablar con ella. Y tú tampoco abras el pico.

Intenta sonreír, pero se contiene. Ha estado defendiéndola entre bambalinas, y yo estuve a punto de apartarlo del caso.

Todo este tiempo, he estado enamorado de la chica cuyo único deseo es acabar con este pueblo.

Vuelvo corriendo a mi cabaña, abro la puerta de un tirón y salgo disparado hacia el dormitorio. Es entonces cuando se me encoge el corazón.

Las esposas están tiradas en el suelo junto con la sábana. Y las cosas de Lana ya no están.

Trago saliva a pesar del nudo que tengo en la garganta mientras me siento despacio sobre la cama.

Me salvó la vida.

Yo la aparté.

Tardo un minuto en darme cuenta de que llevo fuera más de una hora, aunque en mi

mente han transcurrido apenas unos minutos. Le he dado demasiado tiempo para escapar.

Cojo el teléfono y llamo a Leonard mientras salgo.

—Necesito saber si le queda algún cabo suelto en este pueblo.

Se oye el sonido de las teclas de fondo. Estoy tentado de preguntarle a Hadley, pero, después de lo que acabo de decirle, dudo que esté dispuesta a ayudarme.

—Christopher Denver era el propietario de una de esas cabañas de caza que hay en el bosque. Te enviaré un mensaje con la ubicación.

Cuelgo y me cambio inmediatamente de ropa y de zapatos. No se puede correr bien por el bosque con traje.

Salgo volando de la casa segundos después, mientras leo el mensaje con la ubicación. Mientras corro, más recuerdos se agolpan en mi cabeza.

Lisa se burló de ella, básicamente intentó provocarla. Lana podría habérsela cargado.

O Victoria, mejor dicho.

Se marchó en pleno altercado con Johnson y el *sheriff* porque la estaban cabreando y temía no lo que pudiera decir, sino lo que pudiera *hacer*.

CAPÍTULO 2

LANA

Por ese pecado, cayeron los ángeles.

—WILLIAM SHAKESPEARE

Alyssa Murdock hace una mueca al dar un sorbo a su bebida, sin saber que la estoy observando escondida entre los árboles. Cada vez que se le levanta la camiseta, veo los moretones que tiene en la espalda.

Oírlo y verlo son dos cosas diferentes.

Muy pocas de mis víctimas tienen hijos. Alyssa es la única descendiente que aún no es adulta.

Con ocho años, todavía es una niña, con demasiados moretones en su historial y demasiadas cicatrices en su corazón. A pesar de la mala suerte que me ha tocado vivir, nunca fui víctima de la ira de mi padre. Jamás me puso una mano encima. Me mimaba y me quería. Como debe ser con un niño.

Pero Greg Murdock ha pegado a su hija demasiadas veces.

Por esa razón ha escalado puestos en mi lista.

Me doy la vuelta y la dejo escondiendo los moretones delante de sus amigos, que están jugando con ella en la casa del árbol. Vuelvo a ponerme la capucha y salgo de mi escondite.

El número de Hadley vuelve a aparecer sin sonido en mi pantalla, y de nuevo ignoro la llamada. Echo un vistazo rápido a su mensaje y siento una punzada de culpa, aunque ninguna otra emoción logra traspasar la barrera que he levantado.

HADLEY: ¡Logan sabe!

Sé que está preocupada y que por eso no deja de llamarme. Pero ahora mismo no me atrevo a hablar con nadie.

Desde que Jake se fue hace un rato, me he quedado sin lágrimas, y mi corazón se hiela cada vez más con cada minuto que pasa.

He vuelto al modo supervivencia y he bloqueado todo para no ahogarme en el dolor. Si me permito sentir ahora mismo, no podré parar de llorar.

Y no hay tiempo para lágrimas.

el pelo hacia un lado, y yo me quedo rígida contra su cuerpo— usando a su hija —añade, con la voz destilando una inquietante amenaza.

—¡No! —grita mi padre, lo que le vale otra patada del sheriff.

—Hazlo y yo mismo te arrestaré —gruñe Johnson—. Nuestro objetivo es Evans. Estos son solo críos. Venga, vamos. Ya tenemos a nuestro hombre. Nos queda un largo camino por delante.

—También podríamos finiquitarlo ahora —dice Briggs, sin soltar a Marcus.

Murdock continúa sujetándome, todavía con su asqueroso cuerpo pegado al mío.

—Haremos las cosas a mi manera —gruñe Johnson—. Ya tendréis tiempo de vengaros, pero por ahora se hará lo que yo diga.

Mi padre está magullado y casi inconsciente cuando lo levantan a rastras. Le cuelga la cabeza mientras yo lloro, suplicándoles una vez más que escuchen la verdad. Que me ESCUCHEN. Pero nadie me presta atención.

A nadie le importa.

Johnson y el sheriff sacan a mi padre a rastras por la puerta mientras veo cómo mi vida se desmorona.

Murdock tira de mí para separarme un poco de la pared y luego me empuja con fuerza contra ella. Me mareo y noto el sabor de la sangre en la boca.

CAPÍTULO 3

LOGAN

Ser víctima de una injusticia no es nada
a menos que sigas recordándolo.

—CONFUCIO

Me odio a mí mismo. Odio este puto caso. Y odio todo lo que nos separa a Lana y a mí en estos momentos.

—La he cagado —le digo a Hadley en voz baja mientras me dejo caer sobre una silla en su cabaña.

—Por decir algo —farfulla.

—No sé qué hacer ahora mismo, pero no debería haber hecho lo que hice. No sabía que era Victoria cuando...

Exhalo un largo suspiro y dejo que las palabras se desvanezcan, incapaz de terminar la frase.

—¿Cuando qué? —pregunta Hadley antes de incorporarse.

—Faltaba la tuya —digo en voz baja, pero ya lo sabía. En ese momento no me di cuenta de que era mi novia la que estaba evitando que Hadley tuviera que soportar la vergüenza de que los demás la vieran.

—No quería que me viera a mí misma como una niñita vulnerable porque temía que aquello me destrozara. Lana ha sufrido más dolor del que la mayoría de la gente puede soportar. Solo el dolor físico de las innumerables operaciones a las que tuvo que someterse para rehacer su estructura facial ya fue terrible. Imagínate el impacto psicológico que le causó. Perdió a su familia. Perdió su hogar. Renunció a su identidad para que no se la pudieran quitar. Es más fuerte de lo que tú crees, y sí, quizá yo sea una puta enferma, pero estoy de su lado.

Me frotó la cara con ambas manos y me quedo mirando a la nada mientras intento procesar todo lo que está pasando.

—A mí también me llevó un minuto comprenderlo, y precisamente por eso no te pego un puñetazo. Y también por eso te he dejado entrar después de que me dijeras que nuestra amistad se había acabado —añade.

Esboza una sonrisa y yo me paso la mano por la barba de tres días, pensando en que Lana

CAPÍTULO 4

LANA

La debilidad de actitud se convierte
en debilidad de carácter.

—ALBERT EINSTEIN

—Pensaba que solo ibas a por Murdock —sisea Jake por el teléfono mientras termino de atar el último nudo de las cuerdas que sujetan al susodicho a la silla.

Este se retuerce lanzando amenazas que quedan amortiguadas por la mordaza que lleva en la boca.

—Debido a nuestro reciente visitante, me estoy asegurando de que nadie se escape de la lista. Solo por precaución —le digo con tono alegre, sonriendo cuando me alejo y veo a Murdock lanzándome miradas de odio.

Fue fácil darle una paliza y atarlo. Lo difícil fue meterlo en el maletero y subirlo por las escaleras del juzgado sin que nadie me viera.

—¡Greg! —El juez Thomas jadea cuando salgo de entre las sombras.

Intenta desatar al ayudante del *sheriff*, y Murdock forcejea aún más, gritando y tratando de llamar la atención del juez. Murdock parpadea y clava la vista en el juez mientras lanza miradas de pánico en mi dirección, haciendo todo lo posible por alertar al muy idiota con los ojos.

Es un esfuerzo loable, pero inútil. Mi escena favorita de las películas de terror es cuando el tonto decide no darse la vuelta mientras su amigo, que está atado, hace todo lo posible por avisarle del peligro.

—Maldita sea, Greg, estate quieto. Los nudos estos son...

—Increíbles —termino la frase por él.

Henry Thomas se desestabiliza, cae de rodillas al suelo y me mira con los ojos muy abiertos y horrorizados.

Me viene de perlas.

—Ahora que estás ahí abajo, puedes decir tus últimas palabras —le espeto, sosteniendo la navaja—. Y, ya puestos, a lo mejor puedes confesar también tus pecados.

Se echa a temblar, boquea, pero no le sale la voz. Al final, consigue articular dos palabras:

—¿Quién eres?

CAPÍTULO 8

LOGAN

Presta tu oído a todos, pero la voz
solo a unos pocos.

—WILLIAM SHAKESPEARE

Lana está pegada a mí, con la cabeza apoyada en mi pecho, mientras le acaricio el pelo con los dedos. Son más de las tres de la madrugada y ninguno de los dos se ha planteado dormir.

Así que hemos pasado las últimas horas hablando de todo y de nada. La mayor parte del tiempo han sido cosas mundanas, cuando no estábamos abrazados y haciendo cosas menos comunicativas.

Tiene una pequeña herida en la mejilla por una bala que le pasó demasiado cerca, pero no le sangra. Debería servirle como recordatorio de que no es invencible, pero parece que prefiere las cicatrices que dejan las batallas que las que acarrea ser una víctima.

Me tiemblan los labios al mirarla. Ella levanta la vista al mismo tiempo.

—¿Comprobamos quién es mejor?

Ella reprime una sonrisa, esforzándose por mantener una expresión seria.

—Agente Bennett, creo que sería humillante para usted que le diera una paliza. Así que no se preocupe, me contendré si alguna vez se arma de valor.

Suelto una risa, pero el sonido me resulta triste. Su sonrisa es igual de sombría en la atmósfera tensa que nos rodea cuando vuelve a recostar la cabeza y continúa trazando círculos sin sentido.

—Ahora que todos tus peores secretos han salido a la luz, podrías hablarme un poco de tu pasado —susurro, y noto cómo se tensa a mi lado y deja de mover los dedos sobre mi pecho.

—Ya has oído todo lo que nos hicieron. ¿Acaso te hacen falta más detalles? —me pregunta con un susurro ronco.

Le levanto la cara y le acaricio la mejilla con la palma de la mano. Ella me mira a los ojos con la misma valentía con la que se enfrenta al resto del mundo, pero sé que en su interior se esconde una chica vulnerable a la que tiene que proteger después de soportar todo lo que le ha pasado.

—Me refería a tu pasado antes de que todo eso ocurriera. Algo que me hable de la chica que eras.

Ella desvía la mirada y suspira.

—La chica que era está muerta. Saber lo ingenua y frágil que era solo servirá para romperte el corazón ahora mismo porque me sustituirás por esa imagen. Durante todo este tiempo has conocido mi verdadero yo, Logan. Nada de lo que ha habido entre nosotros ni de mi comportamiento contigo era mentira. Solo alteré algunos fragmentos de mi pasado para mantener a salvo mi secreto.

Puedo sentir cómo se aleja de mí a pesar de que pega más su cuerpo al mío.

En lugar de dejar que se pierda en sus pensamientos, me giro y me tumbo encima de ella. Intenta besarme, pero yo me aparto y me acomodo entre sus piernas con los labios fuera de su alcance.

—Parte de la razón por la que hoy eres tan fuerte es esa chica. Fingir que nunca lo fuiste es un paso más hacia la desconexión con la realidad. Es una senda peligrosa.

Ella pone los ojos en blanco, pero me sorprende al ver una pequeña sonrisa en sus labios. Que jamás reaccione como espero es algo de

CAPÍTULO 10

LOGAN

El camino hacia la perdición siempre ha ido acompañado de palabras vacías sobre un ideal.

—ALBERT EINSTEIN

—Tienes que estar de coña —espeto, lanzándole una mirada fulminante a Johnson mientras saca pecho y se pavonea como un puto gorila a punto de destrozarlo todo.

—Es una orden. Tanto tú como el resto de tu equipo debéis regresar a Quantico. Así lo ha decidido el director. Eso es lo que pasa cuando te desvías del caso actual para investigar un caso *cerrado* de hace diez años mientras no deja de morir gente en este pueblo. Se cargaron a cuatro personas en una noche y ni siquiera te molestaste en hacer preguntas. Ni te tomaste la molestia de presentarte en el lugar donde se reunieron todos los agentes para peinar los bosques de los alrededores de la zona.

dándose por vencidos a la primera de cambio. No puedo dejar a Lana en este pueblo. Si me obligan a hacerlo, dimitiré y me quedará aquí por mi cuenta.

—No estoy jugando a la política, pero tengo que seguirles el juego hasta que me asegure de que las pruebas que has recabado son suficientes. Si no regresas con nosotros por voluntad propia, Johnson te arrestará por obstrucción, y yo no podré protegerte mientras estés allí. Y cuando llegue, podría ser demasiado tarde. No te arriesgues. No vale la pena. No digas nada de lo que has descubierto. Solo tienes que volver. No dejes que te encierren en una de sus celdas. Ya sabes de lo que son capaces en ese pueblo.

Recorro con la mirada a los hombres presentes. Sin duda, Lana desconfiaría de mi capacidad para cuidar de mí mismo si me encerraran aquí. Los violentos recuerdos del pasado la llevarían a arriesgar su vida para venir a buscarme.

Y esa es la única razón por la que no voy a correr el riesgo.

—Está bien —respondo, cortante—. Pero más te vale tenerlo resuelto cuando llegue para poder volver de inmediato.

—Eso intento, Logan. De verdad que sí. Solo dame un poco de tiempo para...

CAPÍTULO 13

LANA

No impongas a otros lo que tú mismo
no desearías.

—CONFUCIO

La puerta se abre de golpe y, a través de las rendijas del armario, veo cómo entra el *sheriff* y cierra de un portazo. Coge un vaso vacío de la mesa que hay junto a su sillón reclinable y lo lanza al otro lado de la habitación. Este se hace añicos contra la pared mientras él ruge como una bestia enfurecida.

Durante unos largos minutos, mantiene la cabeza gacha, respira con dificultad y se agarra a los brazos de la silla para sostenerse. Siempre se muestra fuerte, pero es tan mortal como el resto de nosotros.

Mi sonrisa se acentúa cuando, como era de esperar, se dirige al mueble bar que hay en el salón, abre la puerta y saca una botella de whisky.

Él ladea la cabeza sin apartar la vista de mí.
—¿Y quién eres exactamente?

Sonríó con aire burlón mientras doy un paso adelante y presiono el cañón contra mi sien con las manos aún levantadas. Él abre ligeramente los ojos, pero logra ocultar cualquier otro signo de sorpresa.

—Soy la chica a la que tu hijo tenía que matar. Esperaba que vieras con mayor claridad al demonio al que tanto querías, pero supongo que nunca lo hiciste ni lo harás.

La confusión se refleja en sus ojos solo por un instante, antes de que una expresión de reconocimiento se apodere de su rostro.

—No —dice con un susurro ronco.

Pero entonces sus ojos se vuelven fríos como el hielo y se oye el sonido sordo de un clic que reverbera en la habitación sumida en el silencio. El miedo sustituye a la determinación cuando sonrío.

Y aprieta el gatillo una y otra vez, y otra vez... mientras yo retrocedo un paso.

—Espero que no te importe, *sheriff*. Me he tomado la libertad de vaciar toda la munición de cada una de las armas que tienes en casa excepto de la que dejaste en la otra habitación.

Me pasa de largo, y me sorprende que no se abalance sobre la mujer indefensa que tiene

los brazos al descubierto. Ya entraré en calor cuando empiece a pelear.

Después de volver a ponerme las botas, cojo el chaleco antibalas, que es más fino y menos ajustado que la mayoría. «Gracias, Jake».

Luego empiezo a guardar todas las armas en mis numerosas fundas y utilizo el equipo de combate que Jake me ha dejado preparado.

—Estoy sintiendo cosas —dice Jake, mordiendo los nudillos mientras termino de colocar las últimas armas en su lugar correspondiente del arnés que llevo puesto.

—¿Qué? —pregunto con una ceja arqueada.

—Momentos como este me recuerdan por qué no puedo renunciar a las mujeres. Las chicas armadas tienen algo especial, y ahora mismo tú eres el sueño erótico de cualquier friki de los cómics.

Pongo los ojos en blanco.

—¡En serio! Los pantalones ajustados, todas esas armas, la camiseta sin mangas...

—Todo es por una cuestión práctica —afirmo con sequedad.

—Eso no le quita encanto. —Él suspira con aire soñador y yo me río a pesar de la locura inminente en la que estoy a punto de sumergirme.

Hadley cambia inmediatamente la pantalla de su ordenador portátil y veo que tiene un correo electrónico de una dirección extraña. Lo abre y se me revuelve el estómago al comprobar que hay un vídeo. También hay montones de archivos por descargar, toda una recopilación de pruebas.

El ordenador emite un pitido con lo que parece un nuevo mensaje y Hadley abre el buzón.

Solo tienes que descargarlo.

Los archivos harán el resto.

Hadley ni siquiera se lo piensa. Descarga los archivos y, en cuestión de segundos, oímos barullo fuera.

Me acerco a mirar por las persianas y veo a todo el mundo de pie y acercándose a los monitores. La pantalla muestra las mismas imágenes que vi antes en Delaney Grove, solo que esta vez también hay grabaciones de lo que pasó detrás de las cámaras, incluidas aquellas en las que salen unos tipos maniatados confesando sus pecados de aquella noche.

Echo un vistazo por la puerta, entreabriéndola solo un poco.

—Sé dónde puedes buscarlos y creo que sé cómo puedes encontrarlos —susurro mientras recojo mis cosas.

—¿Qué?! ¿Cómo?

La miro a los ojos.

—Si te vas con él, no podrás volver, Hadley. Si vienes conmigo ahora mismo, será el fin de tu vida aquí. ¿Lo entiendes? Sería demasiado peligroso para ellos que mantuviéramos cualquier tipo de vínculo con este mundo.

—Tendré todo listo en una hora —dice sin pensárselo—. No puedo dimitir, ya que es un puesto obligatorio, pero puedo esfumarme. Puedo hacer que ambos desaparezcamos si me das dos horas.

—Hazlo —le respondo—. Te espero en la entrada dentro de diez minutos.

—¿Qué hacemos?

—Voy a hablar con la única persona que puede darme respuestas. Tú te vas a casa a prepararlo todo, incluido vaciar nuestras cuentas.

Coge el portátil de su cubículo sin detenerse. No miro atrás para ver si alguien nos está observando.

—¿Adónde vas? —me susurra.

—A conocer la verdad.

CAPÍTULO 18

LOGAN

No aman aquellos que no muestran su amor.

—WILLIAM SHAKESPEARE

Cuando llego, hay una nota en la puerta. La arranco y la leo mientras sacudo la cabeza. Me guardo el papel en el bolsillo y entro sin llamar.

Encuentro al hombre en la habitación del fondo, en un estado de salud bastante deteriorado. Está en una cama de hospital, conectado a monitores y goteros, probablemente con el fin de mitigar el dolor lo justo para que no pierda el conocimiento.

Tiene los párpados caídos cuando me ve, y yo acerco una silla y me quedo mirándolo fijamente. El tubo que tiene en la boca le impide hablar, pero existen otras formas de obtener respuestas. Al fin y al cabo, soy perfilador. Las microexpresiones son mi especialidad.

—Me alucina que Lana siga sorprendiéndome —digo en voz baja.

Parece confundido, y yo sonrío porque sé que no tiene ni idea de quién es Lana.

—Un psicópata con tendencias narcisistas —afirmo con un suspiro—. Ese debió de ser el perfil. Un psicópata puede fingir empatía. Es capaz de imitar la culpa, el remordimiento e incluso el dolor emocional. Hasta puede convertirse en un actor creíble con una vida bien organizada. Para ser sinceros, eso los convierte en los más difíciles de detectar. A veces uno no sabe que su vecino es un psicópata.

Hago un gesto con la mano señalando la casa aparentemente inofensiva en la que vive.

—Tardé un poco en darme cuenta, pero, cuando lo hice, todas las piezas encajaron en su sitio. La madre de Victoria era preciosa, si es que las fotos le hacían justicia —digo, inclinándome hacia delante con los ojos fijos en los suyos.

La máquina que le monitorea el pulso pita un poco más rápido al mencionar a Jasmine Evans.

—Hasta en el momento de su muerte en ese accidente de coche, seguía siendo igual de hermosa que en el instituto. Es curioso que nunca se me ocurriera investigar su pasado. Al fin y al

CAPÍTULO 19

LANA

Dondequiera que vayas,
ve con todo tu corazón.

—CONFUCIO

Hace tres meses pensé que iba a morir.

Pero, una vez más, me salvó mi hermano, aunque no el mismo.

Jake entró disparando sin cesar y lanzó una bomba de humo. Ojalá se me hubiera ocurrido usar una bomba de humo. Estaba demasiado ocupada creyéndome invencible.

Creí haber visto a Marcus, pero no era él. Era mi otro hermano. El que me había apoyado en las buenas y en las malas y me había sacado del pozo una última vez justo a tiempo para salvarme.

Y logramos salir antes de que el fuego nos alcanzara. Antes de que el edificio explotara.

Antes de que nadie supiera que me había salvado.

Él ya había sobornado al personal del hospital, que cerró un ala como si yo fuera de la realidad, y me atendieron hasta que estuve lo suficientemente recuperada como para poder viajar por mar, en el yate que Jake había comprado porque hubo que cambiar los planes de vuelo para que nadie supiera de mi estado.

De vez en cuando, compruebo cómo está Logan, o al menos lo intento. Ha estado de baja, pero Jake no quiere piratear la base de datos del FBI para sacar más información.

Sabemos que tenemos que dejar atrás a Logan y Hadley. Es lo más seguro para ellos.

No podemos condenar la corrupción y, al mismo tiempo, arrastrar a más almas a nuestra condena sin aceptar que somos unos hipócritas.

Recojo la ropa interior de Jake y me quejo mientras la tiro en el cesto de la ropa sucia, un objeto que él parece no encontrar nunca. Todavía cojea un poco, pero cada día me siento más fuerte.

La mano se me ha curado mucho más rápido que la pierna, pero el médico asegura que voy a recuperarme por completo y que solo me quedará una cicatriz a modo de recuerdo. De todos

Dos meses después de llegar a Grecia, Lana y yo nos casamos. Solo estábamos nosotros cuatro y un oficiante, pero fue perfecto. Hadley y Jake tardaron dos años en seguir nuestro ejemplo.

—En lo loca que puede ser la vida y en lo bien que pueden salir las cosas —le digo, levantándole la mano para poder besarle los dedos.

Ella sonríe mientras se acurruca más cerca de mí, con su vestido blanco ondeando al viento.

Hoy es nuestro aniversario y vamos a salir en barco para pasar un largo fin de semana lejos de casa.

—Desde luego que nuestra historia es única —dice, deslizando los brazos alrededor del mío y apretándolo contra sí.

—No sé por qué lo dices —digo con tono burlón.

Ella se ríe poniendo los ojos en blanco.

—Es verdad. Somos como una pareja cualquiera —dice con tono serio, pero esbozando una pequeña sonrisa.

—Romance con terror. Eso es un género, ¿no? —pregunto, sonriendo cuando le arranco una carcajada.

Ella da media vuelta y camina de espaldas de cara a mí.

—¿Quieres que sea sincera? —pregunta, mor-
diéndose el labio.

La agarro por la cintura, encantado con la
forma en que se ríe cuando la levanto.

—Sí —digo, mordisqueándole la barbilla an-
tes de besarla.

Me rodea la cintura con las piernas mientras
me abraza con fuerza, y yo sigo cargándola en
dirección al barco.

Con una sonrisa, me dice:

—Es mi historia de terror favorita de todos
los tiempos.

Sonrío contra sus labios cuando llegamos al
muelle, y ella se baja para caminar a mi lado,
cogidos de la mano. Se está poniendo nerviosa.
Lo noto.

Hay algo que debes aprender para amar a una
chica como Lana. Tuvo que sacar algo de su
interior para poder acabar con el reinado de
terror de Delaney Grove.

Ese algo no puede encerrarse sin más.

Necesita cuidados especiales. Cuidados que
le proporciono una vez al año porque disfruto
ayudándola a mantener la cordura. Y tampoco
puede vivir negando quién es.

Cargamos las cosas en el yate y ella se encar-
ga de servir el champán, mientras nos alejamos

del muelle y nos adentramos en el océano. Brindamos, y rozo mis labios con los suyos cuando se acerca.

Estamos navegando sin tierra a la vista cuando echo el ancla y compruebo los monitores para asegurarme de que estamos completamente solos y nadie puede molestarnos.

Ella me dedica una sonrisa, con los ojos brillantes de expectación.

—¿Estás lista para tu regalo? —le pregunto.

Ella sonríe de oreja a oreja.

—Sí.

Le cojo la mano y la guío hacia la cubierta inferior. Ella me sigue, prácticamente pisándome los talones por la emoción. En cuanto llegamos abajo y ve su regalo, se detiene y esboza una sonrisa que se va ensanchando cada vez más.

—¿Cómo lo has conseguido? —me pregunta.

—En realidad fue un favor que me pidió un amigo. Al parecer, este tipo ha violado a varias chicas a lo largo de la costa, pero, debido a la inmunidad diplomática de su padre, nadie se atrevía a tocarlo. Estaban tramitando revocar esa inmunidad cuando su padre lo mandó de vuelta a Columbia.

Los ojos de ella brillan de emoción mientras Juan Álvarez abre desmesuradamente los suyos

y trata de liberarse, insultándonos con la boca amordazada. Lana ladea la cabeza y lo observa mientras él se sacude contra las cadenas.

—¿Y tu fuente es fiable? —pregunta ella, mirando a Juan, impaciente por pasar a la acción.

—Fue Leonard quien llamó. Su última víctima solo tenía quince años y la degolló. Confío en Leonard, y yo mismo revisé el expediente. Tienen pruebas físicas suficientes para demostrarlo, y ni siquiera se ha molestado en negarlo. Pero no pueden tocarlo.

Se pone de puntillas y me besa sin dejar de sonreír. Juan sigue intentando escapar en vano.

—Gracias —murmura mientras le paso la navaja.

La aferra con fuerza y su cuerpo tiembla ante la sensación de euforia que se avecina. Una cantidad excesiva podría arrebatarle el alma. Una dosis reducida podría hacer que se rebelara por no aceptarse como la persona en que se ha visto obligada a convertirse.

Pero una vez al año no hace daño. Y Leonard le saca partido, porque no todos los monstruos terminan en la cárcel.

Lana es única, y no cambiaría nada de ella. Porque ahora veo el mundo tal y como es realmente, y sé que mi único lugar está a su lado.

Me acerco por detrás a ella mientras pone la música y la rodeo con los brazos por la cintura para balancearnos al compás. Ella está ansiosa por ponerse manos a la obra, pero saborea el momento, provocándolo con la esperanza de no haberle excitado demasiado todavía.

Recuesta la cabeza contra mi pecho mientras alarga este momento al máximo.

Me acerco a su oído y le susurro:

—Feliz aniversario, mi vida.

Fin